







# CASA DE ALQUILER



CHAI EDITORA





Weike Wang

# CASA DE ALQUILER

Traducción de DAMIÁN TULLIO

Wang, Weike

Título original: *Rental house*

© Del texto, Weike Wang 2024

© De esta edición, Chai Editora, 2025

© De la traducción, Damián Tullio, 2025

Diseño de tapa  
Ese Estudio

Corrección  
Claudia Arce

Foto de tapa  
Lucila Heinberg

Diseño de colección e identidad  
Lamas Burgariotti

Primera edición en Argentina  
Noviembre 2025

ISBN: 978-631-90896-7-7

Edición publicada tras el arreglo con The  
Joy Harris Literary Agency Inc. a través  
de International Editors & Yáñez Co S.L.

Hecho el depósito que marca la ley  
11.723

Austria 1840  
Ciudad de Buenos Aires,  
Argentina  
[www.chaieditora.com](http://www.chaieditora.com)



## Primera parte

Había empezado a buscar en invierno, revisando sitios de alquileres recomendados por amigos que tomaban largas vacaciones de verano y entendían de estas cosas. Ellos sabían qué pueblos a lo largo de Cape Cod tenían las playas más limpias, qué pueblos en Nantucket eran los más amigables para niños y qué puestos de helado frecuentaban los Obama en Martha's Vineyard. Anotó todos esos consejos en un cuaderno. Martha's Vineyard = los Obama = helado. Señaló los lugares amigables para niños para evitarlos. Su marido y ella, casados desde hacía cinco años, habían considerado visitar Cape Cod alguna vez, pero en esos cinco años nunca lo habían hecho. Decidieron que este verano lo harían. Saldrían de Manhattan y pasarían un mes a pocos pasos de distancia del océano Atlántico, en una cabaña con tejados, persianas de madera y dos dormitorios. Dos dormitorios para que los padres de ella y los de él pudieran visitarlos, primero unos, luego los otros.

Durante las semanas previas, Nate insistió en que fueran realistas. El año anterior había habido una pandemia. Se habían negado a ver a sus padres o a abandonar la casa por largos períodos de tiempo. Él prefería su burbuja, aunque sabía que a las burbujas tarde o temprano hay que pincharlas. Y de repente estaban camino al norte, en un coche alquilado. El baúl estaba lleno de comida, ropa y artículos de limpieza, y su perra lanuda gigante de cuatro años, Mantou, iba sentada erguida en el asiento trasero. Si bien la idea idílica de un viaje con sus padres había sido de Keru, la de tener una enorme perra lanuda en plena ciudad había sido de Nate. Una perra así había sido su sueño de cuando era niño. Un sueño pastoral de campos interminables y un amigo de tu altura con un pelaje tan profuso que pudieras enterrar tus manos en él, que te guiara en medio de bosques mágicos. Nate se había criado

en una casa pequeña, de una planta, con alfombras marrones. Su madre le había permitido tener dos ratones, muchos peces, una serpiente, pero nunca un perro.

—Esos perros de raza son caros, para gente pretenciosa —le dijo—. ¿Por qué gastar en ellos cuando hay tantos perros callejeros que necesitan cariño? —Aunque su madre jamás habría recogido un perro de la calle.

Kate y Nate discutieron sobre el nombre de la perra lanuda.

—Mantou significa pan al vapor —dijo Keru, que era bilingüe y había venido de China cuando era niña.

—Sé lo que significa —dijo Nate, que había estado tomando clases de chino desde que se dio cuenta de que, cuando se reunía con Keru y sus padres, nunca se enteraba de lo que pasaba.

—¿Entonces qué tiene de malo Mantou? —preguntó Keru.

Nate mencionó esa propensión que tienen las parejas esnobes a nombrar a sus perros con nombres de panificados. La perra venía de un criador respetado. Habían estado dos años en lista de espera y pagado un depósito bastante oneroso para entrar en esa lista.

A Keru no le gustaba lo suficiente ninguna fruta ni vegetal como para nombrar así a su perra. Tampoco iba a nombrarla con un nombre humano, digamos, Stacy. La otra posibilidad era *Huajuan*, una versión rebuscada, con diseño en espiral, del tradicional pan al vapor. Nate repitió la palabra algunas veces, convencido de que la pronunciaba correctamente, pero Keru le dijo que lo estaba diciendo mal, y aunque Nate no podía distinguir en qué parte se equivocaba, ella tampoco podía explicárselo exactamente. Él concedió que Mantou estaba bien.

La primera semana en la cabaña estuvieron solos. Además de pasar a Mantou dos veces al día alrededor del pequeño barrio privado de casas de alquiler, Keru y Nate pasaban el rato mirando horas



y horas un programa de televisión sobre propiedades de multimillonarios. Hablaban sobre la locura que sería comprar una propiedad en su ciudad, una ciudad que ambos amaban, pero que no estaba exenta de problemas tales como el alto costo de vida, los elevados precios de la vivienda, las confusas restricciones al tránsito durante los fines de semana y una creciente marea de millonarios que jamás tomaba transporte público y no paraba de decir lo maravillosa y barata que era la ciudad. Después de desenterrarse del sillón, Nate y Keru cocinaban algo rápido, como pasta instantánea con carne y queso, y bebían ingentes cantidades de gin. Cada vez que Mantou les traía un juguete ellos lo arrojaban para que fuera a buscarlo o jugaban a que ella lo mordiera y tironeara, hasta cansarla. Tenían sexo a cualquier hora del día, en posiciones variadas, y a veces recurrían al vibrador que Keru usaba en los viajes, el cual, una vez que sus padres llegaran, desaparecería en el fondo de una valija, escondido dentro de una media. En las calles de Chatham no había ruido. Faltaba ese caos constante de congestión humana al que estaban acostumbrados. El silencio se volvió un tema de conversación. Que no se escuchara ninguna sirena, ¿no era de por sí alarmante? ¿Estaban todos muertos? ¿Cómo hacían los vecinos para expresar sus frustraciones si no podían hacer sonar frenéticamente las bocinas de los coches o gritar?

Otro tema de conversación era quién tenía los padres más complicados. Cada uno de ellos tenía argumentos poderosos para afirmar que los propios, pero la respuesta en realidad no importaba y solo lo discutían porque estaban ansiosos.

El orden de las visitas fue pensado estratégicamente. Los padres de Keru tenían una obsesión compulsiva por la limpieza y la seguridad, y desde el principio de la pandemia no salían a la calle si no era con doble barbijo, guantes y gas pimienta. Si antes salían a cenar afuera un par de veces al año, instados por Keru que creía que una familia estadounidense debía hacerlo

cada tanto, eso ya no pasaría. Jamás volverían a encargar comida para llevar, y a menos que algún familiar estuviera a punto de morir y las fronteras de China volvieran a abrirse por completo, jamás volverían a tomar un avión. Los padres de Keru vivían en el medio de Minnesota, donde ella había ido al colegio secundario, aunque nunca lo consideró su hogar. Para evitar pasar la noche en un motel, sus padres manejaron por turnos, deteniéndose únicamente en zonas de descanso estatales, donde comían ramen que cocinaban en el coche. Los visitaban primero porque de otra forma no los habrían visitado. Se habrían negado rotundamente a quedarse en la cabaña y dormir en la cama donde antes había dormido otra pareja, aunque fuera una pareja que conocían.

En su última noche solos, Nate caminó hasta la licorería local y compró una botella de vino tinto para la cena. Quería darle a Keru la opción de emborracharse porque, una vez que sus padres llegaran, no podría beber sin el riesgo de que la consideraran una alcohólica. Cuando volvió de la licorería todo el lugar olía, como era de esperar, a cloro. Keru estaba en el baño rasqueteando la mugre pegada y sacando manchas del piso. Luego fue hasta la cocina y se puso a limpiar los rastros de agua seca de los electrodomésticos. Volvió a meter en el lavavajillas, con el programa de agua más caliente, los cubiertos y los platos que ya habían lavado la noche anterior.

—No menciones que usamos el lavavajillas —dijo ella.

Nate ya había cometido ese error, durante el primer año de su matrimonio, cuando le dio a entender a su suegro, a modo de broma, que Keru y él encendían el lavavajillas todas las noches y a veces incluso por diversión.

—No hay ningún problema en que uses esa máquina, Nate —le dijo su suegro en tono muy formal, como si estuviera en un tribunal—, pero Keru no debe hacerlo. Usar el lavavajillas

es admitir una derrota. Nadie está tan ocupado como para no poder tomarse diez minutos del día y limpiar su propia mugre. Puede que no seas lo suficientemente aplicado para usar una esponja y detergente, pero Keru lo es y debes animarla a que lo siga siendo.

El comentario ponía a Nate en un lugar difícil. Por un lado, su suegro lo había tratado abierta y despreocupadamente como un inepto; y por el otro, también parecía aprobar que Nate tratara a Keru como su mucama. Nate reía nerviosamente mientras su suegro lo miraba. Ese día entendió que su suegro y él nunca serían amigos como lo había sido con los padres de sus otras novias. Nunca tomarían una cerveza mientras asaban un pedazo de carne en el patio o mientras pescaban o mientras jugaban a los tejos. Tampoco iban a jugar backgammon juntos o desafiarse con datos curiosos intrascendentes. Más allá del bienestar de Keru no tendrían ningún interés en común.

Nate le preguntó a Keru qué quería cenar antes de que llegaran sus padres con sus conservadoras llenas de comida casera y no hubiera otra opción.

Keru dijo que no tenía hambre, y la razón por la que no tenía hambre era porque todavía quedaba mucho por hacer. La basura y los cestos de reciclaje seguían llenos. Necesitaba meter en la lavadora todas las sábanas una vez más, todos los toallones, las toallas de mano, los repasadores y limpiar los vidrios de las ventanas, pasar la mopa, barrer la entrada de coches, pasar el rollo para quitar pelusas de sus prendas y después hacer una última recorrida para verificar todo.

Mientras su esposa se ocupaba de eso, Nate comía una barrita de granola con la palma de la mano bajo su boca para atrapar las migas. Luego descorchó la botella de vino y la colocó sobre una servilleta arriba de la mesa del comedor, junto a un único vaso descartable. Sacó a Mantou para su paseo vespertino,

pasó por la entrada de coches aún sin barrer, y a través de un sendero de grava que llevaba a un camino de arena que daba a una pequeña playa. Había carteles por todas partes que advertían que los perros debían llevar correa en todo momento, con el “todo momento” subrayado y en negritas, pero como la playa estaba vacía, Nate liberó a Mantou por cinco minutos y la miró correr hacia las olas.

Al llegar, los padres de Keru hicieron un breve recorrido por la propiedad. Comentaron sobre ciertas imperfecciones como lo angosta que era la entrada de coches y la ausencia de una manguera de jardín, en caso de que la cabaña se prendiera fuego.

—¿Por qué se prendería fuego la casa? —preguntó Keru.

Su madre enumeró una lista de posibles razones. Tormentas eléctricas, un incendio forestal repentino, vecinos que no los quisieran ahí, una fuga de gas que los matara mientras durmieran o terminara en una explosión. Keru ya había oído enumeraciones así antes y de hecho tenía las propias. Cuando notaba que no parecía lo suficientemente aterrorizada, su madre presionaba el dedo índice sobre el centro de la frente de Keru y empujaba. La presencia de Nate pasó prácticamente desapercibida. Los padres de ella lo saludaron desde lejos y jamás le presionaron el dedo sobre la frente o siquiera lo intentaron, y ese estado de situación resultaba ideal. Detrás de Nate apareció Mantou. Cuando intentó subirse sobre el padre de Keru, este le dijo en chino:

—Antes tenemos que lavar tus patas.

Una vez que los padres de ella juzgaron que el área estaba libre de amenazas inminentes decidieron que era momento de vaciar las conservadoras, entrar a la cabaña y quitarse los barbijos y los guantes. Mientras la madre de Keru preparaba el almuerzo, el padre trajo un recipiente con agua tibia para

limpiar cada una de las patas de Mantou, deteniéndose en cada falange por alrededor de veinte segundos. Luego, les mostró el agua sucia a Keru y Nate, que habían insistido en usar toallitas desinfectantes y no un recipiente con agua. Solo después de eso permitieron que Mantou volviera a ingresar. Tras un almuerzo de pinchos de cerdo con ensalada de pepinos, la madre de Keru le pidió a su hija que la ayudara a lavar los platos, y el padre llamó a Nate para hablar sobre celdas de combustible.

El padre de Keru trabajaba en la industria energética, era químico industrial, y Nate era profesor universitario y estudiaba la mosca de la fruta. Como ambos eran hombres de ciencia, era esperable que hubiera algún tipo de interés común, aunque cada vez que se encontraban la pregunta con la que el padre de Keru iniciaba sus charlas con Nate era si existía alguna investigación en biología o biología aplicada que pudiera ayudar con la crisis energética actual, la necesaria abolición de los combustibles fósiles, y el irremediable daño ambiental causado por los miles de millones de motores a combustión. “Las celdas de combustible son el futuro”, decía su suegro, dando un golpe ligero con el puño en alguna superficie, a veces su otro puño. No la energía nuclear, no Elon Musk, sino las celdas de combustible, las que pueden convertir gas de hidrógeno en electricidad sin emisiones.

Nate asentía y repetía “ajá”, y luego respondía, como había hecho otras veces, que como él solo estudiaba las moscas de la fruta, no tenía conocimiento de ningún avance reciente que pudiera ayudar en aquel futuro, aunque lamentaba no poder colaborar.

Nate solía pensar que su suegro hablaba de celdas de combustible como una forma de vanagloria. Pero hacía unos pocos años a Nate se le había ocurrido que las celdas de combustible eran el único tema de conversación sobre el que el padre de Keru se sentía lo suficientemente preparado como para embarcarse

en una charla en inglés que pudiera reflejar su intelecto. Su suegro figuraba como inventor en muchas patentes de la empresa en la que trabajaba, papeles llenos de cálculo infinitesimal y símbolos griegos que Nate no entendía. Mientras se tratara de celdas de combustible su suegro controlaba la conversación y su propia imagen. En ese caso, entonces, Nate se sentía obligado a escucharlo y a repetir, con el respeto de un yerno que anhelaba su cariño, que no sabía nada sobre fuentes de energía limpia, pero le alegraba saber que su suegro estaba dedicado al asunto.

Cuando Nate le comentó esta fijación con las celdas de combustible a su propia madre, a modo anecdótico, a ella no le pareció nada cómico y expresó su opinión en forma de preguntas:

—¿Cómo que eso es de lo único que hablan? ¿No te puede hablar de ninguna otra cosa? ¿Ni del clima ni de tu trabajo? ¿Por qué pretende que lo sepas todo de él si no hace el esfuerzo por saber algo de ti?

Su madre solía llamarlo desde el teléfono fijo de su diminuta cocina, apoyada sobre la barra, con un delantal percutido alrededor de la cintura, pero sin comida en el fuego. Cuando Nate y Keru todavía eran novios, también hacía preguntas:

—¿Qué tipo de inmigrantes son? ¿Qué clase de ciudadanos chinos? ¿Son cristianos? ¿Creen en Dios? ¿Ingresaron al país como corresponde? ¿Sus padres son ciudadanos estadounidenses? ¿Keru es ciudadana? ¿Se sienten más estadounidenses o chinos? ¿Hablan en chino enfrente de ti? ¿Saben que no puedes entender chino? ¿Les preguntaste? ¿Cómo que es ofensivo? Les tienes que explicar, de manera educada, que con Keru solo hablaremos inglés y que esperamos que Keru se dirija a nosotros únicamente en inglés.

Las preguntas desilusionaron a Nate, incluso pensó en decirse, aunque no quería escuchar sus excusas de por qué su

xenofobia no era en realidad xenofobia. Como si fuera una gran mamá osa que solo hace preguntas incisivas por su bien, para protegerlo (y protegerlos) de que su esposa extranjera no fuera una chupasangre. La cuestión de la ciudadanía era sobre lo que su madre más preguntaba, y para evitar que ella lo siguiera desilusionando, la única que se dignaba a responder. Le explicó toda la secuencia. Para convertirse en ciudadanos estadounidenses, Keru y sus padres habían renunciado a sus pasaportes rojos de la República Popular China cuando Keru todavía era niña. Habían hecho un examen, pasado entrevistas, jurado lealtad a la bandera, recibido un firme apretón de manos y felicitaciones: ahora formaban parte de la tierra de la libertad, libertad que no había en su anterior patria. Pero incluso si Keru no fuera ciudadana, él se habría casado con ella de todas formas. Su madre le dijo que a ella tampoco le importaba, siempre y cuando Nate fuera feliz. Tres meses después volvió a preguntarle sobre la ciudadanía de Keru, porque había olvidado lo que Nate le había dicho. Esta vez prometió tomar nota... de esa respuesta que no le importaba.

Los padres de él se casaron ni bien terminaron el colegio, en la misma iglesia en la que se habían casado sus propios padres, en el mismo pueblo en que ellos y sus padres habían nacido, a los pies de las montañas de Blue Ridge. Su madre trabajó como mesera hasta que quedó embarazada. Su padre regenteaba un almacén. Cuando el almacén cerró, se mudaron a otro pueblo que tenía un almacén levemente peor que el anterior que necesitaba nuevos administradores. Durante el verano y los fines de semana, Nate trabajaba reponiendo las góndolas, etiquetando latas de legumbres y conservas, o señalando con una etiqueta naranja tartas de fruta a punto de expirar. Para desalentar que las cambiaran, las etiquetas eran imposibles de despegar. Un ladrón tendría que estar ahí parado diez minutos o más para despegar

un código de barras y poder llevarse el producto sin hacer sonar las alarmas. Y, según le enseñó su padre, ese era el secreto de los almacenes baratos, usar ese tipo de etiquetas viejas e ir modificando el precio con un marcador. Su padre trabajaba de seis a seis los días de semana, en el Día de Acción de Gracias y en Navidad, y ni uno de sus empleados le duraba un año completo. Las generaciones más jóvenes lo irritaban, y lo decía a viva voz, sobre todo a los que pasaban más tiempo en la sala de descanso, a los que les gritaba que tenían que ponerse a trabajar de una puta vez. Cuando Nate estaba en la secundaria, su padre se sentó con él y le explicó que probablemente no hubiera futuro regenteando almacenes, de modo que Nate tenía que buscarse otra cosa que hacer. Mencionó al hijo de su hermana, el primo de Nate, que trabajaba en una fábrica de neumáticos en otro estado y estaba rumbo a convertirse en operario de depósito. Mencionó también al otro hijo de su hermana, que había comenzado la escuela de oficios para formarse como soldador.

—¿Algo de eso te interesa? —le preguntó su padre.

Nate dijo que escuchaba opciones.

—Una persona debe tener habilidades —le dijo su padre.

Y si bien Nate coincidía, también sabía perfectamente que su padre se refería a habilidades físicas. Cargar y descargar cajas. Un oficio en el que se usaran las manos. O un deporte. Aunque nunca lo dijeron en voz alta, una enorme nube de tristeza se posó sobre el hogar de Nate el día que anunció que nunca más se probaría en los equipos de fútbol, básquet o béisbol. Al menos su hermano mayor, Ethan, había practicado lucha libre, pero Nate era alto y esculado. Frente a un espejo de cuerpo entero a veces tenía la sensación de ser un escarbadientes.

Cuando ingresó a Yale con una beca completa —una sorpresa para todos dado que nadie sabía que se había inscripto o que esas universidades ofrecieran becas—, su madre fue a la tienda



de ropa más cara de la ciudad, una sucursal de Sears, y le compró su primer abrigo de invierno de verdad, relleno de fibra sintética. Era un talle más grande, pero su madre dijo que crecería, algo que nunca pasó. En Yale, durante su último año, Nate conoció a Keru en una fiesta de Halloween. Ella había ido a la fiesta vestida con una polera con estampado de leopardo, una chaqueta a cuadros y unos pantalones dorados brillantes. Él fue con una aleta de tiburón pegada en la espalda.

—¿De qué se supone que estás disfrazada? —le preguntó él.

—De indecisión —dijo ella—. O de mujer mal vestida. ¿Por qué? ¿De qué se supone que estás disfrazado?

Él indicó su tonta aleta de goma espuma y la sacudió alocadamente.

—¿No se nota? Soy un tiburón blanco.

Ella lo miró incisivamente. Después, se echó a reír. Una verdadera carcajada. Todo porque pensó que se trataba de un juego de palabras ingenioso sobre ser un “tiburón”, un hombre blanco rico en una universidad prestigiosa. Él le aclaró que no pretendía ser tan ingenioso. Se sintió desconcertado y le dio vergüenza. Ella se rio un poco más.

Dado que estaban en una fiesta, dejó que la chica que reía asumiera cosas sobre él. No le aclaró de inmediato que venía de una familia pobre en el medio de la nada y que era el primero de su familia en asistir a la universidad. En los últimos años se habían creado designaciones técnicas, programas de apoyo y mentorías para personas como él. La primera vez que escuchó el término *primera generación* él era el profesor más joven de un nuevo comité creado para atender los casos de estos chicos. ¿Qué necesitaban? ¿Cómo sería la transición para ellos? Hasta entonces, Nate nunca se había puesto a pensar en sus propias necesidades ni en su transición, y si su hermano Ethan hubiera ido a la universidad él no habría tenido que ser el primero. Pero

Ethan se había juntado con las personas equivocadas, robado algunos coches, y pasado un semestre en un correccional. Cuando lo liberaron, terminó el colegio, pero se fue conduciendo al oeste, luego al sur y de vuelta al oeste, trabajando de lo que fuera en el camino. Nate sabía poco del paradero de Ethan, excepto cuando le llegaba alguna carta en la que le confesaba que había descubierto un nuevo amor por Jesús y si, por favor, Nate podía enviarle algo de dinero que facilitara este rumbo religioso, preferentemente billetes de cien dólares envueltos en una servilleta dirigidos a esta dirección cualquiera. Cuando Nate confrontaba a su madre y le contaba de estas cartas (él sabía que ella le enviaba dinero a Ethan y también que ella le había dado su dirección en New Haven), ella le recordó que no debía dejar que sus humos elitistas se le fueran a la cabeza, que él y Ethan venían del mismo lugar, habían sido igual de queridos, y tenían las mismas tendencias, y solo la voluntad de Dios había querido que Nate estuviera ahora en un rumbo distinto, y que tranquilamente las cosas podrían haberse dado al revés.

Si bien su madre no era una mujer muy religiosa y odiaba ir a la iglesia durante Pascuas, cosa que, por supuesto no hacía, cada tanto utilizaba “la voluntad de Dios” para torcer una discusión a su favor y terminarla. Su madre sabía que él ya no creía en Dios. Antes le preguntaba por qué. Él respondía honestamente: por ninguna razón en particular, solo que dejó de tener sentido para él y no fue de un día para el otro, sino gradual. Su madre le decía que no entendía y Nate decía:

—Mamá, dado que la fe se ha usado para justificar toda clase de cosas, al final parece algo hecho a medida de quien lo usa.

Aunque él podía comprender los beneficios, sobre todo cuando se trataba de obtener soporte y paz mental. Su madre seguía sin entender, y Nate le dijo que con la fe uno eventualmente se choca contra una pared, y aunque sabía que algunas

personas llegaban a la fe por una cuestión pragmática —como en la apuesta de Pascal, que demuestra que conviene creer por si acaso—, él prefería una vida sin fe, y solo tratar de ser una persona decente.

La cara de su madre parecía haberse encogido y arrugado de repente.

—¿Pared? —susurró— ¿Apuesta? —Se serenó y tomó aire, luego le dijo—. No olvides de dónde vienes.

Y Nate le respondió que no lo olvidaba. Y su padre le dijo:

—Sí que lo olvidaste. Mira, angustiaste a tu madre.

Su madre, al concluir que no había una buena razón para que Nate no creyera en Dios, se había puesto a llorar.

Entonces, Nate decidió no mencionar a su hermano o esta dinámica familiar. A veces solo dejaba que los demás supusieran que venía de una familia caucásica adinerada y que era hijo único.

Keru era hija única y había venido a la fiesta de Halloween sola, lo había decidido a último momento, para que su año final en la universidad no resultara tan pesado.

—Algunas personas dicen que les doy miedo —le dijo.

Y luego le gritó: “¡Bu!” y él se sobresaltó.

Estaba asustado, pero también lo intrigaba. Imaginó que así debieron sentirse los primeros científicos cuando se toparon con la electricidad.

Al rato, encontraron un sofá donde sentarse, y cuando Nate se puso a contarle que el año siguiente empezaría su posgrado para estudiar organismos simples, Keru tomó un posavasos de la mesa ratona frente a ellos y lo lanzó al otro lado de la habitación donde estaba lleno de gente, sin dejar de mirar a Nate en ningún momento y haciéndose la distraída.

—¿Acabas de...? —le preguntó mientras señalaba en la dirección en la que había arrojado el posavasos.

—¿Qué? —preguntó ella.

Tomó otro posavaso y mientras lo preparaba, él dejó de señalar y le preguntó por sus planes de posgrado.

—No voy a ser médica —dijo, mientras jugueteaba con el posavaso.

—Tampoco abogada —dijo, mientras arrojaba el posavaso como un *frisbee* al otro lado de la habitación.

—Ni voy a hacer un posgrado en finanzas —dijo, mientras agarraba un vaso descartable (no había más posavasos)—. Lo que nos deja una última opción.

—¿Eh? —dijo él, sumido en el estupor.

—¿Consultoría? —preguntó, y como no le contestaba agregó—: ¿Sabés de lo que hablo? —pero como él seguía sin contestar, ella dijo—: Ochenta horas a la semana, comida entregada directamente en tu escritorio, atender llamadas con suma urgencia que no tienen la menor importancia.

Alrededor del 70% de su cohorte se había dedicado a la consultoría. Durante el curso preparatorio en primer año los invitaban a asistir a los eventos de la temporada de reclutamiento.

Una vez que él se recuperó, asintió y dijo:

—Sí, señora —luego posó su mano en una de sus mejillas ruborizadas y agregó—. Perdón, es que me pones nervioso.

La sonrisa de ella era genuina, cálida y escondía algo, como si después de sonreír estuviera lista tanto para darle un golpe como para abrazarlo.

Ella se inclinó hacia él y le dijo que tenía un secreto que podía ponerlo aún más nervioso. Él también se acercó y le preguntó cuál era el secreto. El secreto era que ella quería hacer dinero, y no le daba culpa.

—Mi familia no tiene contactos y no voy a heredar una fortuna. Pero estoy decidida a hacer todo lo necesario para construir una vida que honre las penurias que mi familia y yo

tuvimos que atravesar para que esté aquí. ¿Me sigues, Tiburón Nate?

Se preguntó si con “me sigues” ella se refería a “¿entiendes las palabras que salen de mi boca?” o “¿estás listo para unirme a mi causa?”. Keru parpadeaba mucho menos que el humano promedio y mucho menos que él. Después del vaso descartable arrojó un lápiz mecánico. Después del lápiz mecánico, arrojó un cuaderno espiralado. Escucharon que alguien gritaba:

—¡Ey, qué carajos!

Pero la fiesta siguió su rumbo, la música siguió sonando, hasta que al final de la noche Nate le preguntó a Keru si podía volver a verla y ella apartó la mirada y la clavó en la mesa ratona, por fin vacía, y le dijo:

—Quizá.

Nate sabía suficiente chino para seguir la conversación, pero no lo suficiente para participar. Dado que gran parte de su cerebro estaba abocado a la tarea de oír y traducir, no había neuronas disponibles para la construcción de pensamiento nuevo. Su profesora de chino le dijo que estaba en esa fase del aprendizaje de una segunda lengua llamada monotarea.

—La mayoría de las personas jamás supera esta etapa —le advirtió, y le animó a dar el salto a la conversación activa.

—¿Dar el salto?

—Sí, hazlo, ¡ahora!

Sus palabras no tenían lógica y emitía sintagmas incomprensibles. Mientras balbuceaba, una espuma blanca se formaba en la comisura de sus labios. Al rato, la profesora le dijo que dejara de saltar, que tampoco era una rana.

Esas clases semanales eran aburridas y le recordaban que su anterior intento de aprender una segunda lengua había sido una burla. Había tenido clases de español durante ocho años, con la

mejor calificación cada semestre, y no sabía ni una pizca de español. Por necesidad, ahora sabía mucho más chino. La profesora de Nate era de Beijing y hablaba con una precisión orgullosa, casi militante. En su primera clase, ella le gritó, pero luego él se dio cuenta de que era la forma de hablar de ella. Le gritaba:

—Mil cuatrocientos millones de personas hablan mandarín, es la lengua más hablada del mundo —insistía gritando—. Solo seiscientos millones de personas hablan inglés. Pero si hablas inglés y mandarín podrías comunicarte con alrededor de dos mil millones de personas alrededor del mundo. ¿No es maravilloso?

Nate le dijo que no necesitaba comunicarse con tanta gente, solo con sus suegros. Cuando la profesora se enteró de que Keru y su familia provenían del sudoeste de China, de una zona rural, le explicó que allí hablaban un dialecto del mandarín de entonación más monótona, de sonidos más suaves y, en definitiva, menos preciso. Dialectos como aquel, de los pueblos rurales, pueden ser subsumidos bajo el concepto *tu hua*, o “habla de la tierra”.

—No puedo enseñarte el habla de la tierra —admitió y luego agregó que encontrar un profesor que pudiera sería imposible.

El lenguaje oficial es el mandarín de Beijing; los dialectos se usan en casa. Así que, al quedarse sin opciones y dado que Keru se mostraba reticente a enseñarle, Nate aprendió el mandarín aprobado por el gobierno, impartido por profesionales contratados para tal fin e intentaba aplicar lo aprendido a las conversaciones que oía en el círculo íntimo de su esposa, un ejercicio que se parecía bastante a meter un cuadrado de madera dentro de un agujero redondo, aunque con la suficiente fuerza, y con cada una de sus neuronas dedicada al asunto, al final lograba meter el cuadrado en el agujero.

Visto desde fuera, el esfuerzo no parecía mucho. Se sentaba y escuchaba. Se quedaba en silencio con cara de tonto.

Pasaron la semana puertas adentro, comiendo. Cada mañana, a la hora del desayuno, los padres de Keru les ponían delante una variedad de carnes y bocaditos de espinaca, panqueques al verdeo, y una serie de salsas. Cada mañana debían terminar todo en sus platos, o si no, advertían los padres de Keru, no tendrían energía para el resto del día y se desmayarían. Mientras comían para evitar el desvanecimiento, Keru les preguntó a sus padres si ellos tenían la intención de salir a alguna parte. La playa, por ejemplo. O pasear con el coche por las famosas costas. Había muchos faros. Ni siquiera hacía falta bajarse del coche, podrían admirarlos desde lejos, a través de los vidrios polarizados, con las ventanillas cerradas.

Sus padres sacudieron la cabeza al unísono.

—Demasiada gente —dijeron.

Ya habían visto los médanos de camino hacia allí e imaginaban que la arena se veía igual en todas partes.

Keru les preguntó si al menos considerarían salir a caminar. Había buen clima, como ayer y el día anterior, baja humedad, nubes mullidas. Al escuchar la palabra *caminar*, Mantou apareció corriendo desde la sala y se posó bajo la mesa, a los pies del padre de Keru. Intentó acariciar a Mantou, pero no pudo encontrar el lugar ideal entonces mantuvo su mano suspendida por encima del pelaje blanco y negro mientras el perro se sacudía reclamando atención. Los padres de Keru no eran afectos a los animales, aunque, de niño, el padre había criado perros para cuidar los cultivos y los campos. Pero no eran del tipo de los que uno acaricia o mete dentro de la casa. La madre de Keru les tenía miedo a los perros, sobre todo a los grandes que podían saltarte encima y posar sus patas en tus hombros. Cuando Mantou se lo hizo, ella se cayó de espaldas y gritó. Luego le gritó a Keru que casi la mata. Contrataron a un entrenador que logró que Mantou dejara de saltarle encima a la gente, pero pasó todo un año hasta